

además se le unieron sus amigos, suplicando de rodillas al rey en nombre de su corona y de su pueblo que no desechase el único medio de negociar, al fin cedió. Era tan vivo entre sus consejeros el deseo de la paz, que lo creyeron allanado todo. Fairfax y Cromwell se encontraban en el número de los individuos á quienes el rey debía conceder el mando de la milicia. Por la noche reinó el regocijo en la mesa real, y quejándose Carlos de que no era muy bueno el vino : «Espero, le dijo riendo uno de los convidados, que dentro de pocos dias le beberá mejor V. M. en Guildhall con el lord corregidor.» Al dia siguiente se disponia Southampton á partir para Uxbridge, y se presentó al rey pidiéndole por escrito las instrucciones convenidas ; pero oyó con admiracion que Carlos se negaba ya á todo.

Tan repentina mudanza era efecto de una carta de Montrose, llegada de Escocia con una rapidez sin igual. Quince dias antes habia en Inverlochy alcanzado una brillante victoria sobre las tropas escocesas mandadas por Argile : daba de ello parte al rey, y añadia : «Señor, permítame V. M. sagrada espresar mi humilde opinion tocante á lo que me escriben de las negociaciones con el parlamento rebelde. Triste ha sido para mí esta noticia tanto como alegre la de vuestras victorias. La última vez que tuve el honor de ver á V. M. le manifesté cuanto sabia sobre los planes de los rebeldes, y V. M. se convenció de que tenia razon. Estoy seguro que desde entonces nada ha sucedido que haya podido hacer mudar de dictámen á V. M. Cuanto mas concedais mas os pedirán, puesto que no estarán contentos sino cuando os hayan reducido á no ser mas que un maniquí. Perdonad si me atrevo á decir que es indigno de un rey tratar con súbditos rebeldes en tanto que se presentan con las armas en la mano. No quiera Dios que me declare contra la clemencia de V. M. ; pero me estremezco de horror cuando pienso que se habla de un tratado mientras están á la vista ambos ejércitos. Permitidme asegurar humildemente á V. M. que con las bendiciones del cielo estoy en buen camino para hacer entrar á este reino en sus deberes ; y si no se frustran las medidas que he concertado con otros de vuestros leales súbditos, antes que concluya este verano acudiré al socorro de V. M. con un valiente ejército, que sostenido por la justicia de vuestra causa domará enteramente á la rebelion. Séame dado solamente, despues de estos gloriosos sucesos, decir lo que el general de David á su señor.—Ven tú mismo, para que se haga todo en tu nombre.—En todas mis acciones solo deseo la gloria y el interés de V. M.»

Esta carta volvió al rey sus mas lisonjeras esperanzas ; menos confiado Southampton no insistió, y regresó á Uxbridge con la negativa, sin explicar su causa. Rompiéronse las conferencias, y los presbiterianos volvieron á Westminster con el corazon condolido de un desastre que los volvía á abismar en todos los peligros de su situacion.

Agraváronse estos durante su ausencia. Obligados, momentáneamente al menos, los independientes á renunciar al decreto de abnegacion de sí mismos, se habian aferrado en la reorganizacion del ejército. En pocos dias se habia preparado, concertado el plan, la forma y el medio de llevarlo á cabo. Debía formarse un solo ejército compuesto de 21,000 hombres, y mandado por un solo general, revestido del derecho de nombrar á todos los oficiales con la aprobacion del parlamento. Este general era Fairfax. Desde mucho tiempo habia llamado la atencion su valor, su franco carácter, la felicidad de sus expediciones, y el entusiasmo belicoso de sus soldados ; secretamente entre los del partido, y públicamente en la cámara, habia Cromwell alabado esta eleccion. Essex conservaba su titulo ; Waller y Manchester su comision, pero sin asomos de poder. Desde el 28 de enero se pasó á los lores el decreto que prescribía la ejecucion de esta medida ; pero se procuraba retardar al menos su adopcion, ya con enmiendas ya con una lenta discusion. No obstante, en este punto era difícil la resistencia, porque en pro del decreto estaba la opinion pública, convencida de que la multitud de ejércitos y de jefes era la verdadera causa de la prolongacion de la guerra. Con este apoyo insistieron vivamente los diputados, hasta que cedieron al fin los lores y adoptaron el decreto. El 19 de febrero, dos dias antes de romperse las negociaciones de Uxbridge, Fairfax fue introducido en la cámara, y con aire sencillo y modesto recibió de pié, junto al asiento que se le habia preparado, las felicitaciones oficiales del presidente.

De vuelta á Londres, procuraron los jefes presbiterianos rehacerse de su derrota. La cámara alta se quejó amargamente de los injuriosos discursos proferidos contra ella y del rumor esparcido de que los diputados del pueblo meditaban la abolicion de los pares. Aquellos respondieron con una declaracion solemne de su profundo respeto por los derechos de los lores, y su firme resolucion de sostenerlos. Los comisionados escocesos dirigieron á la cámara en nombre del pacto una esposicion tímida á la vez y chocante. Llenos de prevision los diputados, pasaron á los lores un nuevo decreto que estendia mas aun los poderes de Fairfax, y quitaba de sus despachos la órden, hasta entonces repetida en actos

análogos, «de velar por la seguridad de la persona del rey.» Los lores votaron que se añadiesen estas palabras, mas se opuso á semejante adición la cámara baja: «Esta frase, decían, solo es buena para embarrasar á los soldados permitiendo que el rey se arriesgue sin peligro al frente de sus tropas.» Los lores insistieron, y en tres debates consecutivos, á pesar de cuantos pasos daban los independientes, siempre fueron unos mismos los votos sobre esta cuestión. Todo quedaba indeciso; los representantes del pueblo declararon que habían hecho cuanto estaba de su parte, y que si se seguía alguna desgracia del retardo solo los lores responderían al país. Estos empezaban á cansarse de una resistencia que preveían ser inútil.

En esto llegó de Escocia el marques de Argyle que si bien en lo tocante á religion era presbiteriano, tenía en política ideas algo mas osadas; pronto le trataron con intimidación los independientes, Vane y sobre todo Cromwell. Argyle por otra parte anhelaba vengar recientes ultrajes: indagador profundo y ardiente, pero mas enérgico en el consejo que en el campo de batalla, solo de lejos había visto la derrota de sus soldados por Montrose, y había huido al momento. Desde entonces, así en Inglaterra como en Escocia, solo con insulto hablaban de él los realistas, y solo su completa humillación podía lavar tal afrenta. Procuró hacer que los comisionados escoceses y algunos jefes presbiterianos dejasen de oponerse á la reorganización del ejército y al decreto de abnegación de sí mismos, pues una necesidad imperiosa, dijo, lo exige así. De día en día se mostraban mas vacilantes los amigos de Essex. Decidido este en vista del peligro, anunció que quería dar su dimisión; y el 1.º de abril, levantándose en la cámara alta con un papel en la mano, pues era muy pobre orador, dijo: «Milores, acepté el mando para obedecer las órdenes de ambas cámaras; y me atrevo á decir que durante estos tres años os he servido fielmente sin menoscabo de mi honor ni daño para mi causa. Hoy día veo por esos decretos que la cámara baja desea ver concluida mi comisión en la que no estoy empeñado por ningun interés personal. No ignoran muchos que quise presentar mi dimisión antes de salvar á Gloucester y que solo pidiéndomelo por el bien público me hicieron renunciar á tal proyecto. Ya no es así ahora, y presento mi comisión al que me la dió, deseando que pueda ser útil este paso como lo creen algunos. Presumo que no se tomará á mal el que pida para mis oficiales que quedan sin destino una parte de sus atrasos, y que lo restante les sea garantido por los fondos del Tesoro: no puede

evitarse la desconfianza; sin embargo, bueno será ponerle algunos límites, para que al menos no se origine de ahí nuestra ruina. Nadie tome á mal mi consejo, hijo solo de mi adhesión al parlamento, cuya prosperidad es lo único que deseo.»

Este discurso tan decoroso y tan triste se tomó á bien entre los lores que se apresuraron á manifestar á la cámara baja que adoptaban sin enmienda su nuevo decreto acerca de la reorganización del ejército. A imitación de Essex, dieron á poco su dimisión los condes de Denbigh y Manchester. La cámara alta votó en su favor, por su patriótico sacrificio, gracias y promesas que también merecieron la aprobación de los representantes del pueblo. Al día siguiente (1) se adoptó sin obstáculo en la cámara alta un decreto de abnegación de sí mismo algo distinto del anterior, pero igual en el fondo (2): muchos se felicitaron por ver al fin terminada una lucha que no sin espanto habían visto empeñada.

(1) 3 de abril de 1645.

(2) *Parl. Hist.* Véanse las anotaciones y piezas históricas.